

pecado, sólo puede ser efecto de la omnipotencia de Dios comunicada á esta singular y divina criatura.

¡Con razon, oh María, te llama San Bernardino de Sena Señora de los demonios, porque habiendo venido á su príncipe á todos los tienes debajo de tus piés! Con razon temen y tiemblan al oír tu santísimo nombre, como si oyeran un espantoso y terrible trueno. Sí, amados oyentes, se aterran, huyen los espíritus infernales al oír el nombre de María, con más velocidad que á la presencia del fuego. Quieren más bien que se les aumenten sus penas mil veces más en cada instante y momento; que los encierren en otros calabozos más profundos que obedecer á María, que oír invocar el dulce nombre de María ¡Oh! ¿y cuántas victorias han conseguido de sus enemigos los devotos de María con la invocacion de su nombre? Invocaba el dulce nombre de María San Antonio de Padua, y vencía las tentaciones; invocaba el dulce nombre de María Enrique de Suron y vencía á los espíritus infernales, y el beato Alano de Rupe, decía que huía Satanás, y temblaba todo el infierno cuando decía Ave María. ¿Por qué, pues, no la invocamos nosotros, amados de mi corazon? ¿Por qué en las aficciones de nuestro espíritu no invocamos el dulce nombre de María? ¿Por qué en las tentaciones no invocamos el poderoso nombre de María? No invocan á María muchas almas y por eso caen en el pecado; no la invocan muchos, muchísimos pecadores y por eso no salen del pecado; no la invocan muchos que están en la puerta de la muerte y por eso caen en los infiernos. Yo no temeré ¡oh María! aunque por todas partes me rodeen mis enemigos. Porque si tú ¡oh María! eres mi salud, ¿á quién tengo que temer? Si tú ¡oh María! eres la protectora de mi vida, ¿delante de quién tengo que temblar? Levántense, pues, contra mí los ejércitos, no temerá mi corazon; levántense las batallas, en María esperaré, porque tú ¡oh María! estás conmigo.

Sí, poderosísima Reina, á tí se te ha dado todo poder

en el cielo y en la tierra: nada es imposible para tí; que segun tus súplicas se hace todo en el cielo. Colócanos, pues, bajo de tu patronato y todos seremos felices; admítenos entre tus vasallos y nada nos faltará. Colócanos, pues, junto de tí y cualesquier mano puede pelear contra nosotros.



## DIA TERCERO

Se constituyó el Señor Dios protector del pueblo de Israel y al efecto lo sacó de la servidumbre y cautividad de Egipto; pero no sólo eso, sino que para librarlos de las manos de sus enemigos que los perseguían, sepultó á Faraon y á todo su ejército en el mar Rojo, y ellos del otro lado quedaron libres. ¡Qué alegría, amados oyentes, qué contento se derramó en aquel instante en el corazón de los hijos de Israel! Los montes brincaron de gozo á semejanza de carneros y los collados á manera de corderitos: la tierra se estremeció y las peñas se convirtieron en fuentes de agua. Escogido aquel venturoso pueblo por Dios, puesto bajo de su amparo y su protección, bendecía al Señor y se consideraba el pueblo más feliz entre todos los pueblos de la tierra. Los dioses de las naciones, decían, no son más que estatuas de plata y oro, pero nuestro gran Dios es todopoderoso. Amados de mi corazón, ¿cómo nos expresaremos hoy nosotros colocados bajo la protección de María, y por consiguiente bajo la protección del Altísimo? ¿Qué bendiciones le tributaremos á esta criatura que cubriéndonos con su manto nos pone ba-

jo la misericordia de Dios? Triunfó ella con su poder de nuestro enemigo: humilló, quebrantó la cabeza de nuestro adversario y esto, no solo para engrandecerse, sino para sacarnos de sus garras; no solo para llenarse de gloria, sino para glorificarnos, ¿qué bendiciones, pues, no le debemos tributar? No otra sino esta sola, que Dios la sublimó al excelso grado de Reina, para que nosotros tuviéramos la gloria de ser protegidos por su poder. Nuestra mayor gloria, pues, ¡oh María! consiste en estar bajo de tu protección, ó más bien, en ser tus vasallos. Escuchadme por un breve rato.

“Hazte esclavo de la sabiduría, nos dice el Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico, pon tus piés en sus grillos y tu cuello en sus cadenas. Acércate á ella de todo tu corazón y sigue sus caminos con todas tus fuerzas, porque sus grillos serán para tí una fuerte protección, y sus cadenas como un ropaje de gloria.” Y si la Iglesia, amadísimos de mi corazón, aplica á María todo lo que la divina Escritura nos dice de la sabiduría, ¿de quién hemos de ser esclavos segun el consejo del Espíritu Santo? ¿Qué cadenas nos servirán como de ropaje de gloria, y qué grillos de honor? ¿de quién? de María, amados creyentes, de María, de quien decía San Pedro Damiano: El sumo de la gloria consiste en estar bajo de la protección de María; de María, de quien decía San Buenaventura: Buscad á María desde vuestra juventud y ella os llenará de gloria en presencia de todos los pueblos. Puestos nosotros, pues, bajo la protección de María, ¿que será de nosotros? Que aparecemos aquí en la tierra y despues en el cielo con un vestido de gloria, y con una corona de gozo sobre la cabeza.

En efecto, ¿quién es María, para que colocados bajo de su protección ó favorecida de su poder, podamos llegar á tanta gloria. ¿Quién.....? Ella sola excede al cielo todo y á toda la tierra en grandeza, en privilegios y en gracia. Los profetas, los apóstoles, los mártires, los patriarcas, los ángeles, los tronos, las dominaciones, las



virtudes, los querubines, los serafines, de una vez, cuanto de grande y excelente hay entre las criaturas visibles é invisibles, todo es inferior á esta augusta Princesa, y todo lo que es ella sólo lo es menos que Dios, y todo lo que se acerca á ella, ó pertenece á ella, ó ella ha conquistado con su poder, es glorioso, es magnífico, es admirable. Constituidos, pues, nosotros bajo de su proteccion, ora porque no hayamos perdido la gracia del bautismo, ora porque ella nos haya conquistado con la fuerza de su brazo, como somos de ella aparecemos llenos de gloria en presencia de todos los pueblos.

Y á la verdad, amados oyentes, la gloria de los reyes ¿no se difunde por todos y cada uno de sus vasallos? ¿Los triunfos de los generales no se reparten entre todos los combatientes? ¿Y no es verdad que los mismos caminos que andan los caudillos andan los soldados? Si nos colocamos, pues, bajo la proteccion de María, si con todas nuestras fuerzas seguimos sus caminos, su gloria se derramará sobre nosotros y sus triunfos serán nuestros. Ella no teme la saeta disparada de día, al enemigo que anda entre las tinieblas, y al demonio meridiano; pues nosotros seremos libres de sus asechanzas. Ella anda sobre áspides y basiliscos, conculca leones y dragones; pues nosotros los venceremos de la misma manera. Ella con sus propios ojos contempla á Dios; pues nosotros á su lado lo veremos cara á cara. Su proteccion, en fin, nos servirá de escudo y servirla será reinar. ¿Quién, pues, amados oyentes, no pondrá los piés en sus grillos y el cuello en sus cadenas? ¿Quién no pretenderá ser su vasallo? ¿Quién no apetecerá ser su esclavo? ¿Quién.....?

Pero todavía oid cómo se expresa María á favor de aquellos que la aman y desean servirla: oid las palabras con que se expresa esta misma excelsa, divina Señora: "Yo amo á los que me aman y los que se levantan muy temprano á buscarme me hallarán. Yo ando por los caminos de la justicia, á fin de enriquecer á los que me aman y llenar sus tesoros. Quien me hallare, hallará la vida

eterna y alcanzará del Señor la salvacion; mas quien pecare contra mí, el que me aborriere perecerá eternamente."

¿Pero quién se podrá levantar contra esta amabilísima Reina? ¿Quién podrá tener valor, pero ni siquiera imaginarse para aborrecer á esta inocente y pura criatura? Sólo pronunciar su nombre causa agrado, sólo oír su nombre causa complacencia, sólo verla en cualesquier de sus imágenes arrebató el corazón. ¿Qué será, pues, servirla? ¿Qué será ser su esclavo? ¿Qué será estar bajo su proteccion? No hay duda, amados oyentes, nuestra mayor gloria consiste en estar bajo la proteccion de María, en ser esclavos de María. Pongamos, pues, los piés en sus grillos y nuestro cuello en sus cadenas: sigamos sus caminos con todas nuestras fuerzas, y sus grillos serán para nosotros como una fuerte proteccion y sus cadenas como un ropaje de gloria. Busquemos á María desde nuestra juventud, como dice San Buenaventura, es decir: luego que por la mañana despertemos pronuncie vuestra boca su nombre: durante el día, á cada hora que dé el reloj, invoquémosla, invoquémosla en la tarde, invoquémosla cuando se ponga el sol, invoquémosla en la noche y al entregarnos al sueño la última palabra que hablemos, sea María, y ella, María, nos llenará de gloria en presencia de los pueblos, en presencia de los ángeles y de todos los bienaventurados en el cielo. El nombre de María, decía San Buenaventura, quita la tristeza de mi corazón. ¡Oh grande! ¡oh piadosa María! no puedo pronunciar tu nombre sin que en el momento me llene de alegría, de gozo y de contento. Invoquemos, pues, á María, oyentes amadísimos, hagámonos devotos de María, pongámonos bajo de la proteccion de María, seamos vasallos de María, seamos, en fin, esclavos de María, y María nos hará felices en esta vida, no pecaremos, y despues nos hará felices en la otra, porque servirla es reinar, que es lo que os deseo.



---

## DIA CUARTO

---

¡Cómo se alegraban los israelitas á la presencia de la arca! ¡Con qué júbilo, con qué confianza, levantaban los ojos á verla! Se postraban, la adoraban, entonaban cánticos á su vista. A la verdad, en ella veían el raro, el feliz anuncio de sus felicidades; consideraban que al verla se aplacaba la cólera de Dios; que con ella triunfaban de sus enemigos y reportaban las mas gloriosas victorias de los incircuncisos: y en ella, ó bajo de sus sombras, se consideraban el pueblo más feliz entre todos los que habitaban la tierra. Pero ¿qué comparacion puede tener el júbilo que inundaba el corazon de los hebreos cuando se ponían en la presencia de la arca, al que inunda nuestro corazon cuando nos ponemos en la presencia de María? ¿Qué veían los hebreos en el arca, que nosotros no veamos con ventaja en María? Figura aquella de esta amabilísima criatura, la alegría de los hebreos, su felicidad y todo cuanto aguardaban por su medio no era más que sombra de lo que nosotros tenemos y disfrutamos en María. No, no sólo tenemos en esta singular y amabilísima criatura una Reina que con su poder reprimi-

me las fuerzas de nuestros enemigos y en cuyo nombre alcanzamos las más gloriosas victorias de nuestros contrarios, sino que toda es para nosotros y del modo más tierno tenemos en ella una madre. Gloriense, pues, los hebreos en su felicidad, pero nuestro gozo reboce en nuestro corazon, brille sobre nuestra frente y con nuestros labios pronunciamos que María es Madre nuestra. Pero ¿qué clase de Madre? madre de Misericordia, como lo canta la Iglesia. Escuchadme:

Sólo Jesucristo quiso redimirnos del pecado: el sólo quiso morir en una cruz por nuestros delitos, de suerte que él sólo disfruta de los gloriosos títulos de Redentor y de vencedor de la muerte y del pecado. Sin embargo, cuando ya crucificado en aquel infame patíbulo, pendiente entre el cielo y la tierra, entre los dolores más crueles estaba para entregar su espíritu en manos de su Eterno Padre, considero á su Madre; vió aquella voluntad tan pronta con que lo entregó á la pasion y á la muerte por conformarse con los decretos divinos; vió aquella ansia que ella misma tenía tambien de morir por la salud de los hombres, y queriéndola hacer participante de sus triunfos vuelve hácia ella la cabeza, y señalando al discípulo amado, le dice: "Ahí tienes á tu hijo," como quien dice, en él tienes á todos los hombres por hijos; y luego, dirigiéndose al evangelista San Juan y con él á todos nosotros, le dice: "Ahí tienes á tu Madre," y hé aquí á María constituida madre de todos nosotros.

Pero ¿qué madre? Oigámoslo de su misma boca: "Yo soy, dice, la madre del amor hermoso, del temor y de la santa esperanza. En mí se halla toda la gracia del camino y de la verdad, en mí está toda la esperanza de la vida y de la virtud. Anduve los caminos de la justicia para enriquecer á todos." O lo mismo que si nos dijera: "Yo soy la madre del Verbo Eterno, la madre de Jesucristo que es el amor hermoso, que es el temor y la santa esperanza, y como en mí está Jesucristo, en mí están todas las gracias. Anduve los caminos de la justicia, es



decir, cumplí con la voluntad del Eterno Padre, lo entregué, según ella, á la pasión y á la muerte, sólo por enriquecer á todos los hombres. Sacrifiqué á mi hijo Jesús, al más hermoso entre todos los hijos de los hombres, al primogénito, sólo por salvar á los demás.

¿Y qué Madre, amados hermanos, devotísimos oyentes, ama tanto á los hijos pequeñitos, que por ellos, por su salud, sacrifique y entregue á la muerte al mayor y al más hermoso de todos ellos? ¿Qué madre sufre ver azotar, crucificar en una cruz y morir al hijo mayor por salvar á los menores y á los que cometieron el pecado? Sólo María, sí, sólo María entregó á la muerte á su Hijo y á su Dios por salvarnos á nosotros pecadores. Con razón el profeta David, desde mucho antes que naciera María, pedía á Dios su salvación por su medio diciendo: "Haz salvo, Señor, al Hijo de tu esclava." ¿De qué esclava? pregunta San Agustín. De María, de aquella criatura que dijo después: "Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra."

¿Y quién podrá arrancar á estos hijos del seno de María? ¿Qué furia del infierno, qué huracán de tentación podrá arrebatárselos? De la ballena refieren los naturalistas, que cuando ve perseguidos á sus hijos de los huracanes ó de los cazadores, los sepulta en su vientre. Pues María, cuando ve á sus hijos combatidos de las tentaciones, perseguidos del infierno, entonces los esconde en su amor como dentro de sus propias entrañas, y allí los protege, allí los guarda hasta que los coloca en el Paraíso. La misma Santísima Virgen reveló á Santa Brígida, que así como si una madre viese á su hijo entre las espadas de sus enemigos, haría los mayores esfuerzos por salvarlo; así lo hago yo, le dijo, y así lo haré siempre con mis hijos los hombres, aunque pecadores. Yo entiendo, pues, amados hermanos, que si alguno se condena, es porque quiere, ó sea porque no quiere invocar á María, que es lo mismo que querer voluntariamente sepultarse en el infierno. Y para este pecador desde luego no

habrá remedio, porque él lo elige, él camina para allá, de suerte que aun cuando María quisiera salvarlo no podría, porque él lo resiste.

Pero los que tienen la gloria de invocar á su madre María, los que en sus tribulaciones, en sus aflicciones, en sus tentaciones invocan á su madre María; los que á todas las horas del día acuden á su amada madre María, no perecerán porque María los protege, María los defiende, María los salva. María..... Alma mía, decía San Buenaventura, ¿qué tienes que temer? La causa de tu salvación no se perderá, porque la sentencia está en manos de Jesús, que es tu hermano, y de María, que es tu madre. ¡Oh dichosa, oh dulce confianza! exclamaba San Anselmo, no me perderé porque la madre de Dios es mi madre. ¿Nos perderemos, pues, nosotros, amados de mi corazón? ¿Nos perderemos teniendo tan buen hermano y tan buena madre? ¿No será para nosotros María la misma que era antes? Si á tantos, pues, ha salvado, ¿por qué no hemos de esperar que nos salvará á nosotros? Los pequeñitos cuando caen, cuando se dan un golpe, cuando temen, luego claman á la madre, y la madre, compasiva, luego los defiende y los consuela. Pues vosotros, amados hermanos, cuando os veais en los peligros, cuando la tentación os acometa, cuando el demonio os aflija y esteis ya para caer en el pecado, llamad á vuestra madre, invocad á María y ella os consolará y defenderá. Y los que desgraciadamente están en pecado, los que por su desgracia haga mucho tiempo que no se confiesan ni piensan confesarse, invoquen á María siquiera por una vez y vereis como vuestro corazón se compunge, se mueve á penitencia, se convierte y se salva. Haz ¡oh piadosa María! que esos pobres infelices, que tanto tiempo há que están lejos de su Hijo, vuelvan á él para que sus pobrecitas almas no sean pasto de las voraces llamas del infierno. Haz ¡oh María! que se conviertan y vivan eternamente, para que allá en el cielo te alaben eternamente.